

# NACIÓN Y AUTORITARISMO. DE LA MASA VIRTUAL AL ESTADO DE MEDIDAS\*

DANIEL BARRETO

Instituto Superior de Teología de las Islas Canarias

RESUMEN: Este artículo analiza las causas y el potencial agresivo del nacionalismo, referencia esencial de los nuevos movimientos y partidos autoritarios y populistas en todo el mundo. La comprensión exige un enfoque que combine filosofía y psicología social, pues las raíces del nuevo nacionalismo autoritario remiten a la relación entre crisis estructural de la sociedad moderna y desintegración psicológica del sujeto. Además, la comprensión del potencial del nacionalismo debe tomar como guía el Nuevo Imperativo Categórico o «deber de memoria» de Theodor W. Adorno. En esa dirección el artículo examina la relación entre mitología de la nación, racismo y antisemitismo, por un lado, y la tesis de Ernst Fraenkel sobre el «Estado dual», por el otro.

PALABRAS CLAVE: Nacionalismo; autoritarismo; populismo; racismo; antisemitismo.

## *Nation and authoritarianism: from the virtual mass to the prerogative State*

ABSTRACT: The article analyzes the causes and the aggressive potential of nationalism, an essential reference for new authoritarian and populist movements and parties around the world. Understanding requires an approach that combines philosophy and social psychology, since the roots of the new authoritarian nationalism refer to the relationship between the structural crisis of modern society and the psychological disintegration of the subject. Furthermore, the understanding of the potential of nationalism must take as a guide the New Categorical Imperative or «duty of memory» by Theodor W. Adorno. In this direction, the article examines the relationship between mythology of the nation, racism and anti-semitism, on the one hand, and Ernst Fraenkel's thesis on the «Dual State», on the other hand.

KEY WORDS: Nationalism; Aauthoritarianism; Populism; Racism; Antisemitism.

La nación es el tótem del nuevo autoritarismo. ¿Por qué precisamente ella condensa la furia populista, a izquierda y derecha, en el centro y los extremos? ¿Por qué *urbi et orbi* retumban versiones locales de la misma marca blanca: *Make America great again*, «Francia para los franceses» y «fuera extranjeros de Alemania»? No se comprende el repudio a la «casta», el bulo antiinmigración, la fábula del «gran reemplazo» y las conspiraciones de la «élite globalista» sin su versión positiva: la nación salvadora, la unidad de destino. La patria es hoy el lado respetable de la bilis xenófoba y machista, no es el antiguo fantasma rojo quien campa a sus anchas, sino el espíritu de campanario. Reflexionar sobre ello es inseparable de la pregunta por su punto de llegada. La embriaguez colectiva, hechizada por el demagogo, ¿a dónde podría conducir?

Para abordar el *significado* y el *potencial* del fetiche nación no podemos contentarnos con las explicaciones superficialmente económicas o políticas, que

---

\* Este trabajo ha sido realizado en el marco del Proyecto de Investigación «Constelaciones del autoritarismo: memoria y actualidad de una amenaza a la democracia en perspectiva filosófica e interdisciplinar» (PID2019-104617GB-I00), financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación del Gobierno de España.

atribuyen a los seguidores de los movimientos *ultra* la defensa racional de sus intereses<sup>1</sup>. Las dificultades para acceder al dinero o el déficit de representación no bastan para comprender por qué el nacionalismo cotiza al alza ni explica por qué los «perdedores de la globalización» votan a Vox, Reagrupamiento Nacional o a Javier Milei, que defienden recetas económicas que hundirán más a los pobres; ni el éxito del populismo autoritario o de endurecimiento de las políticas migratorias en Estados del norte de Europa, en los que el desempleo es bastante bajo. Las regiones de Alemania oriental donde arrasa la extrema derecha de guiños neonazis no están «desbordados» de inmigrantes, sino al contrario, están acosadas por la pérdida de población que migra hacia el oeste del país<sup>2</sup>. Justo allí donde se necesitan trabajadores que presuntamente «dinamicen» la economía, un partido xenófobo gana las elecciones.

Con ello no quiero decir que las causas económicas no sean decisivas, en ningún caso, sino que su irradiación es más profunda de lo que suponemos. Los impulsos autoritarios con mayor arrastre obedecen a la onda expansiva de las contradicciones sociales en el inconsciente de los individuos. Dicho de otro modo: hay que descifrar lo irracional del fenómeno, y ello exige combinar filosofía y psicología social. Como se sabe, en ese campo fue pionero el Instituto de Investigación Social dirigido por Max Horkheimer, especialmente a partir de los *Estudios sobre autoridad y familia* de 1936 y después de la guerra los títulos agrupados con el rótulo *Estudios sobre el prejuicio*. Bajo su influjo y más próximos a nosotros en el tiempo, figuran la investigación de Wolfgang Pohrt sobre el resurgir nacionalista al calor de la reunificación alemana y los estudios sobre el «centro» dirigidos por Oliver Decker desde 2006 hasta el presente. Nuestra reflexión parte de sus principales hallazgos.

Esto en lo que respecta a la pregunta por el sentido de los nuevos bríos chovinistas. En cuanto a su potencial, los descubrimientos de la Teoría Crítica sobre la «personalidad autoritaria» no pueden desligarse del Nuevo Imperativo Categórico o «deber de memoria», a saber, la exigencia de repensar la modernidad de tal modo que Auschwitz no se repita<sup>3</sup>. También el nacionalismo debe ser analizado a partir de su punto de llegada:

Es verdad que no todo nacionalismo es nacionalsocialismo, pero sí es cierto que el nacionalsocialismo es una posibilidad letal del nacionalismo que ha tenido lugar. Ya no podemos hablar del «principio nacional» atendiendo solo a las razones que lo inventaron, sin tener en cuenta a dónde ha llegado. No se puede leer a Renan, ni a ninguna otra autoridad nacionalista, como si Auschwitz no hubiera existido. Al nacionalismo hay que verlo desde sus orígenes y, también, desde su final<sup>4</sup>.

<sup>1</sup> ROEPERT, L., *Die konformistische Revolte*, Bielefeld: transcript, 2022, pp. 83-87.

<sup>2</sup> MAU, S., *Ungleich vereint. Warum der Osten anders bleibt*. Frankfurt: Suhrkamp, 2024, pp. 27-29.

<sup>3</sup> ADORNO, Th. W., *Negative Dialektik*. Frankfurt: Suhrkamp, 1973, p. 358; ZAMORA, J. A., *Th. W. Adorno. Pensar contra la barbarie*. Madrid: Trotta, 2004, pp. 42-50.

<sup>4</sup> MATE, R., *Tierra de Babel. Más allá del nacionalismo*. Madrid: Trotta, 2024, pp. 101-102.

Este doble anclaje orienta nuestra reflexión en tres pasos: dilucidar el concepto de nación, descifrar la función social del nacionalismo hoy y esclarecer el lugar de la comunidad nacional en la concepción nazi del Estado. Aunque fuese solo tentativamente, las conclusiones querrían señalar el hilo que los une.

## 1. UNA CONTRADICCIÓN EN EL TÉRMINO

El concepto mismo de nación es una paradoja, y no una cualquiera. Adorno llega a describirlo como lo *proto-falso* (*Urpseudos*)<sup>5</sup>, el engaño de reconciliar comunidad y sociedad. Por arte de magia el «folclore» y los vestigios premodernos se acomodan a la sociedad industrial. Y he aquí que el agente armonizador es la propia clase social que dio el paso de la aldea a la megalópolis. Ha sido la alta burguesía la que los días de fiesta lucía el pastiche de trajes folclóricos reinventados, limpios del polvo y la suciedad del jornalero.

En nombre de la nación se justifica el proceso modernizador, que unificó el territorio y la cultura gracias a los nuevos medios de transporte y comunicación, al mercado y al sistema escolar<sup>6</sup>. Es en verdad llamativo que precisamente quien barrió las tradiciones y tumbó a golpe de gramática la diversidad lingüística se presente como su custodio. Promete un baño de calidez comunitaria sin poner a hervir las aguas heladas del negocio. El nacionalismo es irracional porque pretende sanar la herida que él mismo inflige: «La naturaleza reprimida es movilizadora, bajo la forma del concepto de nación, en beneficio del dominio progresivo de la naturaleza»<sup>7</sup>. Por eso se puede afirmar que el concepto de nación pertenece a la «dialéctica de la Ilustración».

Entre los escritos de Horkheimer publicados póstumamente hay materiales suficientes para colegir su propósito de esbozar una «teoría del nacionalismo»<sup>8</sup>. Frente a las doctrinas oficiales de la modernización, que consideran el nacionalismo un atavismo superable, Horkheimer subraya su condición moderna y no por ello menos religiosa, el nacionalismo es una «teología política»<sup>9</sup>. El aislamiento de los individuos, propio de la sociedad burguesa, es compensado por la ilusión de la comunidad nacional, que sustituye los vínculos sellados por la religión. El nacionalismo es el envés de una erosión personal típicamente moderna, está llamado a sostener la superchería de que finalmente la sociedad no desahuciará al individuo como material fungible.

<sup>5</sup> ADORNO, Th. W., *Sobre la teoría y la historia de la libertad*, trad. M. Vedda. Buenos Aires: Eterna Cadencia, 2019, p. 226.

<sup>6</sup> HABERMAS, J., *Eine Art Schadensabwicklung*. Frankfurt: Suhrkamp, 1986, pp. 165-166.

<sup>7</sup> ADORNO, Th. W., *Sobre la teoría ...*, op. cit., p. 228.

<sup>8</sup> DEMIROVIC, A., «Kritische Theorie und Nationalismus», en *Österreichische Zeitschrift für Politikwissenschaft* 2, Innsbruck: University Press, 1996, p. 227.

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 232.

En la época del ocaso de la religión y de su forma secular, el marxismo, los seres humanos se hallan enfrentados a su lastimera individualidad. De ahí surge la necesidad innegable de pertenencia a un concepto superior. Esta necesidad solo puede ser satisfecha hoy en el compromiso con la nación. Para la persona corriente no hay otra alternativa<sup>10</sup>.

Aunque la nación sea motor de progreso y, por tanto, una realidad histórica, ambiciona parecer natural y eterna. Adorno cita a Hegel: las naciones «pertenecen en parte a la historia natural del ser humano; en parte, a la filosofía de la historia universal»<sup>11</sup>. Quiere decir que la nación tiene doble residencia, en la naturaleza y el espíritu, en la geografía y la historia, y no olvidemos que no hay historia global sin guerra entre Estados. La nación lleva la guerra en los genes, de genealogía y Genio del Lugar se trata, al fin y al cabo, de paisaje y familia:

La ampliación de la familia como transición de la misma a otro principio es en la existencia en parte la ampliación tranquila de la misma en un pueblo, una *nación* [cursiva de Hegel], que de ese modo tiene un origen comunitario natural (*einen gemeinschaftlichen natürlichen Ursprung*)<sup>12</sup>.

La nación prolonga naturalmente la familia. Este énfasis contiene una clave decisiva, una fuerza gravitatoria que lastra los derechos del individuo frente a las raíces y el colectivo. En ese sentido, evocar a Hegel viene muy al caso, pues su sistema habría sido el principal exponente en el siglo XIX de la unificación filosófica entre Estado y comunidad nacional<sup>13</sup>, es decir, de la desaparición de los derechos individuales bajo el poder estatal. Es una transformación que va de Kant a Treitschke<sup>14</sup>, del universalismo ilustrado, donde los derechos del hombre podrían romper el techo del Estado, al abismo del *Volksgeist*. El catalizador fue el concepto de «voluntad general» de Rousseau. Hegel lo limpia de toda traza revolucionaria para convertirlo en una energía autónoma que deglute sin resto al individuo. La metamorfosis de la voluntad revolucionaria en pieza estatal es el servicio teórico que presta Hegel a la conformación de la futura Alemania de Bismarck, el II Reich<sup>15</sup>. La configuración filosófica tendrá éxito más allá de las fronteras alemanas para armar toda una concepción hegemónica del Estado-Nación.

En este punto no es de recibo oponer un nacionalismo malo, el romántico alemán, a otro bueno, el liberal francés. Como ha mostrado Reyes Mate, aunque Ernest Renan intentase una alternativa al nacionalismo étnico con el proyecto de un patriotismo ilustrado basado en la memoria del pasado común y la

<sup>10</sup> HORKHEIMER, M., *Späne*, en Horkheimer. *Gesammelte Schriften* t. 14. Frankfurt: Fischer, 1988, p. 428.

<sup>11</sup> ADORNO, Th. W., *Sobre la teoría ...*, op. cit., p. 231.

<sup>12</sup> HEGEL, G. W. F., *Grundlinien der Philosophie des Rechts*. Frankfurt: Suhrkamp, 1986, p. 338.

<sup>13</sup> ROSENZWEIG, F., *Zweistromland*. Berlín/Viena: Philo Verlag, 2010, p. 529.

<sup>14</sup> BARRETO, D., *El desafío nacionalista. El pensamiento teológico-político de Franz Rosenzweig*. Barcelona: Anthropos/Siglo XXI, 2018, pp. 116-120.

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. 118.

voluntad libre de compartir el futuro<sup>16</sup>, tanto la historia del siglo XX como las inconsistencias teóricas del propio Renan desvelan que el modelo finalmente triunfante es el alemán. Pues Renan acaba prefiriendo el olvido compartido de la violencia fundadora del Estado a la memoria de los vencidos; del mismo modo que prefiere el sacrificio del individuo por la patria antes que la libertad de quien elige el colectivo y el territorio<sup>17</sup>. Por eso conviene tener muy en cuenta que, cuando de nacionalismo se trata, finalmente hablamos de la «ideología alemana»<sup>18</sup>, club donde coinciden Herder y Hegel, Max Weber y Carl Schmitt: la historia moderna apunta finalmente al ensamblaje orgánico entre Estado y nación. Dicho de otro modo, desemboca en la insignificancia del individuo y el extranjero frente a la exigencia del Genio del Lugar, que cristaliza en el «genio de la lengua», a saber, el parnaso de las literaturas nacionales. En el canon literario que aspira a la perennidad de lo clásico, clave del proyecto nacionalista, también se emula el hebreo en tanto lengua sagrada<sup>19</sup>. Si el Estado imita la eternidad, el nacionalismo se finge pueblo elegido<sup>20</sup>.

También algunos historiadores han puesto no poco de su parte en arruinar la fiesta al nacionalismo. A partir de los años ochenta, Anderson, Gellner y Hobsbawm protagonizan un cambio de enfoque. La nación ya no puede considerarse una bella durmiente que aguarda despertar gracias al beso de la clase dirigente. Lo natural que enfatiza el «nacimiento» en la idea de nación es artificial, una invención hacia atrás que legitima la hegemonía burguesa. La definición de Anderson se ha hecho famosa: la nación es una *comunidad imaginada*<sup>21</sup>, ciertamente un hallazgo, pues atiende tanto a la condición *imaginaria*, y por tanto subjetiva y emocional, como al sabor idílico y cálido de la *comunidad*, antípoda de la «muchedumbre solitaria» de las urbes industriales. Estas dos cualidades reúnen las dimensiones política y psicológica, destacadas en la definición hegeliana. Dos polos de una unidad superior: a un lado Estado e historia; al otro, familia y naturaleza. La nación es precisamente el genio mágico que media entre ellos.

## 2. UNA GRAN FAMILIA

Los estudios sobre el nacionalismo desde una perspectiva psicoanalítica son escasos. Una de las aportaciones recientes más interesantes procede del Grupo de Psicología Política de Hannover, al que pertenece Jan Lohl. En su libro sobre

<sup>16</sup> MATE, R., *Tierra de Babel*, op. cit., pp. 85-105.

<sup>17</sup> *Ibid.*, p. 101.

<sup>18</sup> SCHEIT, G., *Der Wahn vom Weltsouverän*. Freiburg: ça Ira, 2019.

<sup>19</sup> ROSENZWEIG, F., *Hegel und der Staat*. Frankfurt: Suhrkamp, 2001, p. 102.

<sup>20</sup> BENSUSSAN, G., «État et éternité chez Franz Rosenzweig», en Münser, A. (ed.). *La pensée de Franz Rosenzweig*. París: PUF, 1994, pp. 137-147.

<sup>21</sup> ANDERSON, B., *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, trad. E. L. Suárez. México: Fondo de Cultura Económica, 1993.

el sentimiento nacional se pregunta Lohl si es posible aplicar la psicología de masas de Freud a la relación entre individuo y nación<sup>22</sup>. Recordemos la famosa definición freudiana:

Tal masa primaria es una reunión de individuos que han remplazado su ideal del «yo» por un mismo objeto, a consecuencia de lo cual se ha establecido entre ellos una general y recíproca identificación del «yo»<sup>23</sup>.

Las fuerzas que compactan la masa son la *idealización* y la *identificación*. Aquella es vertical, pues se orienta hacia el líder; esta, horizontal, porque une a los «hermanos». En la idealización la libido narcisista fluye al objeto ideal, donde el sujeto deposita el superyó. Este peculiar enamoramiento conlleva una gratificación narcisista, pues el individuo se siente al abrigo del líder todopoderoso. La plenitud supone un regreso al narcisismo primario, el yo se siente parte del ideal. La sustitución del propio superyó por el líder daña la capacidad de juicio independiente y lo infantiliza.

La identificación, por su parte, es *Einfühlung* y *Gefühlsbindung*<sup>24</sup> vínculo sentimental que compacta a los individuos de tal manera que la envidia y el resentimiento quedan suspendidos en el interior del colectivo y proyectados hacia fuera, sobre los extraños. Entonces, si el líder lo dispone, se puede dar rienda suelta a la violencia. Pues bien, este modelo explicativo, ¿puede darse entre aquellos que sienten el fervor por la misma nación? Aunque la masa no esté físicamente presente, ¿se corresponde el sentimiento nacional con la misma voladura de la conciencia crítica que experimentan los individuos de la masa primaria? Freud se ocupa del ejército y las iglesias, y solo nombra la nación a propósito del «narcisismo de las pequeñas diferencias», pero la posibilidad de que el «caudillo» pueda ser sustituido por un elemento abstracto fue contemplada en 1933 por un discípulo suyo díscolo y genial, Wilhelm Reich:

El *Führer* nacionalista, desde la perspectiva de la psicología de masas, encarna la nación. Solo en la medida en que este *Führer* encarne realmente a la nación de acuerdo con el sentir nacional de las masas, surgirá un lazo personal con él. Solo si sabe despertar en los individuos integrados en la masa los vínculos afectivos familiares, será a la vez una figura paternal autoritaria<sup>25</sup>.

La observación es reveladora. Para que el lazo sentimental sea efectivo, el líder debe encarnar la nación. Y, a su vez, en esta debe resonar el eco de la familia. Desde ese punto de vista, la nación no sería una masa entre otras, sino aquella llamada a agudizar la regresión infantil. La transición tranquila de la familia al pueblo tiene aquí su explicación psicoanalítica.

<sup>22</sup> LOHL, J., *Gefühlserbschaft und Rechtsextremismus*. Giessen: Psychosozialverlag, 2010, p. 42.

<sup>23</sup> FREUD, S., *Psicología de las masas*, trad. L. López Ballesteros. Madrid: Alianza, p. 53.

<sup>24</sup> BRUNNER, M. et. al. (eds.), *Sozialpsychologie der Massenbildung*. Wiesbaden: Springer, 2022.

<sup>25</sup> REICH, W., *Psicología de masas del fascismo*, trad. Roberto Bein. Madrid: Enclave de Libros, 2020, p. 135.

La función autoritaria de la nación fue también iluminada por Alexander y Margarete Mitscherlich, psicoanalistas cercanos a la Teoría Crítica, en su obra *La incapacidad de los alemanes para el duelo* de 1967. Según su tesis, los ciudadanos de la República Federal no habrían aceptado realmente la derrota ni analizado críticamente su sumisión a Hitler, sino que la habrían desplazado hacia el orgullo del «milagro económico alemán» de posguerra. El lugar de la idolatría al *Führer* lo ocupa el culto al crecimiento económico germano, único entre las naciones. En el fondo la incapacidad para el duelo significaba la pervivencia de las disposiciones autoritarias que alumbraron el fascismo. En este punto lo que nos interesa subrayar es la condición nacionalista del envanecimiento económico. El capital funciona como instancia autoritaria porque es un vector patriótico. El narcisismo colectivo se goza a sí mismo postulando la superioridad nacional, sin la que no hay nacionalismo posible. Como ya indicamos, el haber sido elegido para cumplir una misión divina en la historia universal es indiscernible de la secularización de la idea de pueblo elegido, como mostró Franz Rosenzweig<sup>26</sup>. La sobrecarga simbólica de este contenido secularizado resulta óptima para dar rienda suelta al narcisismo político. Sólo los pueblos excepcionales, que encarnan el espíritu, realizan milagros.

La nación puede desempeñar entonces la misma función que ejerce el líder sádico sobre los individuos agrupados en masa: derribar la última empalizada psíquica que sostiene la ya de por sí precaria autonomía. Esta convicción está en la base de la teoría del «autoritarismo secundario» de los *Mitte-Studien*, dirigidos por Oliver Decker<sup>27</sup>, dedicados a detectar las actitudes antidemocráticas en el «centro» de la sociedad, es decir, en los valores y comportamientos de la «clase media»<sup>28</sup>. Según sus conclusiones, el culto al crecimiento económico funciona hoy como justificación de la violencia intrínseca a la socialización capitalista, a la autoexplotación de tinte sacrificial. El «empresario de sí mismo» practica una autoinmolación cotidiana. Del mismo modo, el socorrido criterio para aceptar o no a un inmigrante, su hipotética aportación al crecimiento económico, es otro signo del «autoritarismo secundario»<sup>29</sup>.

Quiero llamar la atención sobre el hecho de que el autoritarismo secundario no se da sin la comparecencia de la nación. De hecho, si observamos el cuestionario de los estudios dirigidos por Decker, integrado por preguntas muy similares de 2006 a 2018, salta a la vista la referencia patriótica<sup>30</sup>. Además de la pregunta sobre las actitudes explícitamente chovinistas, también la «defensa de una dictadura autoritaria de derecha» se justifica porque beneficia a

<sup>26</sup> BARRETO, D., *El desafío nacionalista*, op. cit., pp. 20-22.

<sup>27</sup> ZAMORA, J. A., «Oliver Decker et. al. *Mitte-Studien* (2006-2018, 8 vols.)», en *Constelaciones. Revista de Teoría Crítica* 10, 2018, pp. 512-519.

<sup>28</sup> ZAMORA, J. A., «De los extremos al centro: clases medias, “normalidad democrática” y populismo autoritario», en *Iviva. Pensamiento crítico y cristianismo* 278, 2019, pp. 79-88.

<sup>29</sup> DECKER, O., «La obsolescencia del carácter autoritario y el autoritarismo secundario», trad. José Antonio Zamora, en *Constelaciones. Revista de Teoría Crítica*, 10, 2018, pp. 57-73.

<sup>30</sup> ZAMORA, J. A., «Oliver Decker», op. cit.

Alemania. Pero lo mismo puede decirse de la xenofobia, el antisemitismo y el darwinismo social. En los tres el marco de referencia nacional resulta imprescindible. Los extranjeros se aprovechan del Estado de bienestar alemán, los judíos «no encajan con nosotros» y el prejuicio sobre la división darwinista entre fuertes y débiles distingue al «pueblo alemán» de los otros. Lo que permite el tránsito del agitador fascista al crecimiento económico es la tierra ocupada por la «ampliación tranquila» de la familia:

[...] el camino desde el autoritarismo propio del fascismo al autoritarismo secundario del bienestar económico puede ser de ida y vuelta, el sentido de que la amenaza de este o el temor a que se debilite activa la búsqueda de formas políticas autoritarias que sustituyan o sostengan el «líder secundario» cuando este se muestra débil<sup>31</sup>.

Visto desde ese ángulo, la nación sería el fondo que comparten autoritarismo primario y secundario. Si el movimiento de ida y vuelta puede reforzarlos mutuamente —recordemos que la autoestima por el éxito económico ya estuvo presente durante el régimen nazi— es debido a que comparten un mismo trasfondo simbólico.

La pregunta entonces sería: ¿qué condiciones favorecen la formación de la nación como masa virtual? Un yo débil que trata de compensar su frágil equilibrio<sup>32</sup>. El darwinismo social, propio del orden burgués, condena al yo a una ocupación libidinal de sí mismo, pues de otro modo solo le espera el limbo social. Pero la estrategia que le mantiene a flote seca las fuentes de la compasión y la solidaridad, que requieren tanta identificación con el otro como distancia<sup>33</sup>, pues la experiencia de la semejanza vive de la «absoluta diferencia»<sup>34</sup>.

Como tabla de salvación en el naufragio, el fantasma de la nación abre un «espacio psicológico» que reanima fantasías de fusión con la madre<sup>35</sup>. La nación adquiere un aura religiosa e ínfulas de absoluto y perfección. Su magnetismo procede de las fantasías de omnipotencia típicas de la fusión narcisista pre-edípica, donde afloran tendencias psíquicas como la negación de la ambigüedad, la idealización y la proyección de la agresividad. Estas reacciones corresponden a lo que Melanie Klein denomina «posición esquizoparanoide»<sup>36</sup>. El yo en crisis refuerza la idealización del polo positivo, pues de él se espera la

<sup>31</sup> *Ibid.*, p. 519.

<sup>32</sup> LOHL, J., *Gefühlserbschaft*, op. cit., pp. 76-89.

<sup>33</sup> KIRCHHOFF, Ch., «Ich bin Volker. Metapsychologische Überlegungen zu Masse, Identifikation und Solidarität», en Brunner, M. et. al. (eds.). *Sozialpsychologie der Massenbildung*. Wiesbaden: Springer, 2022, pp. 137-150.

<sup>34</sup> HORKHEIMER, M. y ADORNO, Th. W.: *Dialéctica de la Ilustración*, trad. J. J. Sánchez. Madrid: Trotta, 2009, p. 109.

<sup>35</sup> BOHLEBER, W., «Nationalismus, Fremdenhass und Antisemitismus. Psychoanalytische Überlegungen», en *Psyche-Z Psychoanal* 46 (08). Klett-Cotta Verlag, 1992, pp. 689-709.

<sup>36</sup> ALLEN, A. y RUTI, M.: *Critical Theory between Klein and Lacan. A Dialogue*. Nueva York: Bloomsbury Academic 2019; J. Lohl: *Gefühlserbschaft*, op. cit., pp. 190-193.

protección deseada<sup>37</sup>. La mayor receptividad al sentimiento nacional agresivo respondería a la posición esquizoparanoide. En cambio, la resistencia crítica a la masa virtual se asociaría a la «posición depresiva», desde la que el sujeto construye una imagen más integrada del otro y de sí mismo, una cierta unidad abierta a la alteridad interior y exterior. En esta posición el sujeto asume una distancia que reconoce la ambigüedad, así como su responsabilidad en relación con el mundo y los otros<sup>38</sup>.

En situaciones de desintegración social la posición esquizoparanoide se impone<sup>39</sup>. La galopante crisis del capitalismo, originada por el límite interno de la valorización y por el externo de la devastación ecológica<sup>40</sup>, determina la forma hoy predominante de subjetivación. El número cada vez mayor de población juzgada «sobrante» proyecta su sombra sobre toda la sociedad, también sobre el oasis de los incluidos, sean consumidores de comida basura o de «alta cocina». Pues la exclusión, una vez alcanzado cierto umbral, afecta a todos. No les queda otra a los ricos que vivir amurallados, lo que acaba por tapiar su propia sensibilidad. La crisis agudiza la competitividad intrínseca al hobbesianismo económico, se exige entonces, con mayor virulencia si cabe, flexibilidad en todos los frentes o, según el eufemismo de sabor *New Age*, «resiliencia».

Pero la capacidad de recuperación no es ilimitada. Por más flexibles que se exhiban en las redes sociales y por más resiliencia que prediquen los libros de autoayuda neoliberal, los individuos acaban rompiéndose por dentro. Pues la continuada exclusión de los otros termina desencadenando impulsos autodestructivos. Así lo prueba el síndrome del narcisismo secundario. Preservar el reconocimiento llega a ser más importante que la propia supervivencia. La herida narcisista puede desatar una violencia capaz de llevárselo todo por delante, incluso al propio perpetrador. Precisamente habría que considerar la expansión social del síndrome narcisista para explicar las grabaciones de violencia sexual, la organización de «manadas», el suicidio ampliado y el acoso escolar. Todos ellos fenómenos que tienen en común el escarnio del débil, intento desesperado de aliviar el sentimiento de la propia inanidad<sup>41</sup>.

El ingreso en la masa virtual de la patria aparece como una falsa curación a la descomposición interna. Si el líder que encarna la nación y la unión sentimental con los hermanos de sangre y suelo me protegen, entonces podré soñar con sostener la identidad maltrecha. La nación recoge las tendencias propias de la posición esquizoparanoide, la escisión y la idealización, que se agudizan a medida que aumenta el miedo. Mientras más amenazado se perciba el sujeto, con mayor ahínco ensalzará a la madre patria y demonizará al extranjero;

<sup>37</sup> ALLEN, A., *Critique on the coach*. Nueva York: Columbia University Press, 2020.

<sup>38</sup> ALLEN, A., *Critique*, op. cit.; KIRCHHOFF, Ch., *Op. cit.*; LOHL, J., *Op. cit.*

<sup>39</sup> ALLEN, A., *Critique*, op. cit.

<sup>40</sup> ZAMORA, J. A., «Crisis del capitalismo. Callejones sin salida y transiciones postcapitalistas», en *Iviva. Pensamiento crítico y cristianismo*, 272, 2017, pp. 11-40.

<sup>41</sup> EISENBERG, G., «La violencia que viene de la frialdad», trad. D. Barreto, en *Iviva* 287, 2021, pp. 11-31.

mientras más frágil sienta la unidad de su psique, con mayor denuesto intentará sentirse parte de «los nuestros». En ese contexto se refuerza la idealización del líder populista, como es el caso paradigmático de Donald Trump.

El papel del agitador en el paso a la violencia marca una diferencia que debe ser tenida en cuenta al abordar la oscilante idealización del líder y el valor económico. ¿Cabe dirimir cuál de las dos idealizaciones es más propensa a la violencia directa? ¿Cómo se pasa del sentimiento nacional, en apariencia tan sano, respetable y deportivo, al nacionalismo agresivo? ¿Qué papel desempeñan las emociones patrióticas en la manipulación del demagogo populista? Estas preguntas recorren el estudio pionero de Leo Löwenthal y Norbert Guterman *Profetas del engaño* de 1949, perteneciente a los ya citados *Estudios sobre el prejuicio*. También en EE. UU. había surgido desde los años treinta la figura del agitador fascista. Siguiendo los métodos del Instituto de Investigación Social, Löwenthal y Guterman examinaron sus aspectos sociales y psicológicos. Pese a su gran diversidad, lograron perfilar un modelo, un tipo ideal del agitador que permite descifrar fenómenos semejantes en contextos diferentes. Aunque focalizado en el análisis cualitativo de discursos, panfletos y alocuciones radiofónicas, el estudio tenía una explícita pretensión teórica, cuya fecundidad ha sido corroborada en análisis posteriores. El libro se reedita con prólogo de Herbert Marcuse en 1970, momento en que el movimiento de protesta contra la guerra del Vietnam se enfrentaba a la influencia de demagogos racistas como George C. Wallace, líder del Partido Americano Independiente. Marcuse reconocía los «rasgos esenciales» descritos por Löwenthal en el «establishment político» norteamericano de su tiempo<sup>42</sup>. Por su parte, Oliver Decker no duda en remitirse a la tipología de Löwenthal y Guterman para analizar los discursos de Trump y Orbán<sup>43</sup> y Jan Lohl se ha basado igualmente en el mismo modelo para interpretar los discursos de los líderes de Alternativa por Alemania (AFD)<sup>44</sup>.

Los autores de *Profetas del engaño*, que siguen de cerca a Freud, destacan la función del nacionalismo en la manipulación psicológica<sup>45</sup>. El agitador espolea el orgullo patrio: los buenos son los de mi tribu, los malos son los extranjeros, pertenecer a cualquier organismo supranacional es signo de traición. El miembro de la comunidad nacional solo se concibe por oposición, nunca por sí mismo<sup>46</sup>. Ser de los nuestros significa no ser extranjero; ser cristiano, no ser judío; formar parte del pueblo sencillo y bueno implica presumir de inculto, pues el

<sup>42</sup> JANSEN, P.-E., «Mobilization of Bias Today: The Renewed Use of Established Techniques; A Reconsideration of Two Studies on Prejudice from the Institute of Social Research», en Jeremiah MORELOCK (ed.), *How to Critique Authoritarian Populism. Methodologies of the Frankfurt School*, Leiden, Boston: Brill, 2021, pp. 293-311.

<sup>43</sup> DECKER, O., «Zwischen Enthemmung und Autoritarismus. Deutschland in der Mitte», en *Journal für Psychoanalyse* 60, 2019, pp. 33-52.

<sup>44</sup> LOHL, J., *Op. cit.*

<sup>45</sup> LÖWENTHAL, L., *Falsche Propheten*, en LÖWENTHAL, L., *Schriften*. Frankfurt: Suhrkamp, 1990, p. 115.

<sup>46</sup> *Ibid.*, p. 116.

agitador ataca las conquistas de la razón ilustrada y el universalismo moral<sup>47</sup>. El demagogo llama a limpiar de parásitos el sistema. Las causas del mal no están en sus cimientos, sino en cuerpos extraños, que envenenan un orden en sí adecuado. Higiene y moral se vuelven sinónimos y «hacer limpieza», una incitación a la violencia<sup>48</sup>.

El líder populista exige a sus seguidores «mantenerse alerta»<sup>49</sup>. Con ello no exhorta a ganar una más aguda conciencia política, como sí hacen el revolucionario y el reformista. «Estar despiertos» en realidad significa entregarse a un tipo de hipnosis<sup>50</sup>. Como quien firma un cheque en blanco, los seguidores ponen su inconsciente a disposición del líder. Sustituyen el esfuerzo de pensar autónomamente por el ingreso onírico en la masa. Así lo permiten las fuerzas libidinales que la ensamblan. En el sueño el agitador pasa a ser el hombre al mando y, como el Doctor Mabuse en el film de Fritz Lang, se diría que casi pudiera teledirigir a su cohorte. En esa situación carecen de importancia las promesas de mejora material y las evocaciones más o menos vagas a los «buenos viejos tiempos»<sup>51</sup>. Los ojos miran hacia delante, el futuro deseado es ostentar un poder que haga trizas al enemigo. Ciertamente este análisis cuando menos relativiza uno de los lugares comunes de los estudios sobre el éxito del populismo: explotar la nostalgia de los «viejos buenos tiempos». La nostalgia sería más bien un banderín de enganche para la furia y el resentimiento actuales, una proyección hacia atrás de la casi uterina comunidad étnica.

El sueño con el poder se corresponde con la condición ambivalente del propio seguidor: élite y átomo, sagaz y pusilánime, en el fondo un menor de edad a quien el primogénito ha nombrado «perro guardián»<sup>52</sup>, que debe conformarse con los escalafones más bajos y darse por satisfecho con los hábitos del cabo o el capataz.

Pues bien, si el nacionalismo es el sueño despierto de la masa, entonces funciona como un mito, uno de los más resistentes a la crítica. Quizá esa condición fundante pueda explicar por qué la nación sea el fluido común a las diversas idealizaciones autoritarias, ya sea el agitador populista o el Producto Interior Bruto.

Los mitos coinciden parcialmente con la ciencia en tanto instauran un orden que alivia el miedo a los peligros de la naturaleza<sup>53</sup>. Pero se distinguen fuertemente de la razón moderna porque dotan a los elementos y seres naturales de vida propia y objetivan los sentimientos compartidos en realidades colectivas de apariencia poderosa y trascendente<sup>54</sup>. La masa virtual nucleada en torno al

<sup>47</sup> *Ibid.*, p. 117.

<sup>48</sup> *Ibid.*, pp. 110-112.

<sup>49</sup> *Ibid.*, pp. 118-119.

<sup>50</sup> *Ibid.*, p. 120.

<sup>51</sup> *Ibid.*, p. 121.

<sup>52</sup> *Ibid.*, pp. 120-122.

<sup>53</sup> HORKHEIMER, M. y ADORNO, Th. W., *Dialéctica de la Ilustración*, op. cit., pp. 59-95.

<sup>54</sup> ROEPERT, L., op. cit., 153-157.

bastión étnico busca igualmente embridar la angustia ante una realidad social cada vez más amenazadora, sostenida con las pinzas de ansiolíticos y antidepresivos. Asimismo, los sentimientos compartidos se cosifican en la presunta realidad fetichizada de la nación, que puede designarse entonces como un «dios protésico»<sup>55</sup>.

El mito nacional-populista se sostiene sobre dos columnas: el racismo y el antisemitismo, sean explícitos o vestidos de etnopluralismo y teorías de la conspiración<sup>56</sup>. Ambos discursos construyen al enemigo. Desde el punto de vista psicológico, su imagen es correlativa a la del grupo de los «hermanos»: poderoso y débil, amenazador e impotente, letal e insignificante<sup>57</sup>. En su faz se refleja la misma ambivalencia del yo narcisista. La ilusión de omnipotencia encubre su miseria psíquica. Y esta ambigüedad determina precisamente las proyecciones sobre las dos variantes del enemigo: el inmigrante y la élite internacional. Frente a ellos, el nacional-populismo ensalza la patria como limpia instancia salvadora. La «gente» ingenua y sencilla, en tanto miembros del «pueblo», cree pertenecer a una especie de élite étnica, pero en realidad es solo una partícula en la masa.

Sin embargo, la debilidad que busca mecanismos compensatorios también experimenta el resentimiento por no haber llegado a ser plenamente individuo y haberse degradado a célula sin rostro en el organismo nacional. En este contexto la figura del refugiado concentra el doble signo del rencor: la debilidad sobre la que compensar la insignificancia y la envidia de una imaginada «felicidad sin poder», según la afortunada expresión de Adorno y Horkheimer. El refugiado se convierte en emblema del odio a la utopía.

Símbolo de deseos inconscientes e indeterminados para contenidos anímicos reprimidos que los seres humanos tuvieron que aprender a dominar a lo largo de la historia, a reprimir como precio de su persistencia social y cultural [...] El odio al refugiado aparece como una represión de las propias fuerzas interiores de libertad<sup>58</sup>.

El anhelo reprimido de libertad se anuda en la dinámica psicológica del racismo y el antisemitismo. El racismo es un recurso para soportar la indigencia psíquica. Se sirve de las raíces ilustradas del supremacismo, a saber, el hombre europeo ha dominado la naturaleza externa e interna, mientras que el africano o el asiático habrían quedado sometidos a ella y, por tanto, inhabilitados para la libertad y la razón<sup>59</sup>. Según ese modelo, el no europeo es juzgado subalterno porque en él persiste un grado mayor de naturaleza, es un «infrasujeto». No obstante, sobre el enemigo de «raza inferior» destella un plexo de proyecciones ambivalentes. Dado que no es plenamente individuo, goza de la piel protectora

<sup>55</sup> DECKER, O., *Der Prothesengott*. Giessen: Psychosozial Verlag, 2004.

<sup>56</sup> ROEPERT, L., *op. cit.*

<sup>57</sup> LÖWENTHAL, L., *Falsche Propheten*, *op. cit.*, pp. 53-68.

<sup>58</sup> *Ibid.*, p. 63.

<sup>59</sup> ROEPERT, L., *op. cit.*, pp. 102-113.

de la comunidad, es decir, del sueño con el espíritu nacional que viene a ensamblar los fragmentos del yo. El resultado es una confluencia entre el odio al extranjero, que tiene lo que deseo, y el ingreso en la comunidad nodriza. Ese doble paso marca el compás de la violencia hacia los otros y la negación de sí mismo.

El racismo nacionalista procede del racismo ilustrado, pero se aparta de él en tanto supone una reacción a la descomposición de la conciencia burguesa<sup>60</sup>. Si la crisis descalabra el principio de realidad de los individuos, la inserción en la masa virtual del mito nación es la «solución protésica» (Fromm) que camufla el sufrimiento. La comunidad étnica culmina entonces el reflejo de la imagen racista del enemigo. El nacionalista actúa como si estuviera guiado por la siguiente máxima: «Igual que hacen ellos, así gozaremos nosotros de la comunidad natural que la sociedad moderna nos había arrebatado».

La otra variante del enemigo es elaborada por el antisemitismo, entendido como una pseudoteoría *total* sobre el mundo. El énfasis en la totalidad es definitorio y pone sobre la pista acerca de su afinidad estructural con las teorías de la conspiración, que hoy disfrutan de una difusión apabullante. Para el «conspiranoico» cualquier detalle insignificante de la realidad puede ser conectado con otros más o menos peregrinos, invenciones, hechos probados y datos objetivos en la explicación de cualquier fenómeno social. La paranoia de la explicación *total* encuentra su vértice en el proyecto de una camarilla malvada y oscura que mueve los hilos para dominar el mundo. La impotencia propia del síndrome narcisista vuelve a proyectar su fantasía de dominación total sobre el extranjero. Recordemos que los nazis acusaban al «judaísmo internacional» de «dominar el mundo», cuando eran precisamente ellos quienes emprendieron una megalómana expansión para sostener un presunto Reich milenar.

Si bajo el racismo el enemigo es un pedazo de naturaleza, para el antisemita el judío se habría elevado sobre las coacciones naturales y alcanzado la autonomía ilustrada: es un individuo solidario y consciente de su singularidad, un «supersujeto»<sup>61</sup> dotado de inteligencia y olfato para los negocios. No tiene patria y, sin embargo, es un verdadero ciudadano del mundo, un intelectual y, todo intelectual, un judío. Por ello maneja los hilos de los medios de comunicación y el lenguaje de lo «políticamente correcto» y, por la misma razón, no resistiría la tentación de manipular al pueblo ingenuo. Lo suyo sería siempre y sólo el mundo de las ideas y las palabras. Solo por ser intelectual es visto ya como cómplice de la explotación y, como es ajeno al trabajo físico, vive entregado a todo tipo de lujos y placeres. En las visiones alucinadas de su hedonismo se proyecta el resentimiento ante una sociedad que fustiga la felicidad<sup>62</sup>. El judío

[...] evoca la ilusión de que en una época en la que el individuo vive bajo una presión atemorizadora, resistiendo a la tendencia de la época, permanece

<sup>60</sup> *Ibid.*, pp. 113-117.

<sup>61</sup> *Ibid.*, pp. 117-146.

<sup>62</sup> LÖWENTHAL, L., *Falsche Propheten*, op. cit., P. 94.

como individuo y sabe extraer su ventaja de ello [...] No se deja limitar por fronteras lingüísticas, geográficas o etnográficas [...] Ha resuelto el problema de la patria y, aunque es un individuo, nunca está solo<sup>63</sup>.

El judío aparece como símbolo de lo que la modernidad promete y bloquea. Por eso se desea su aniquilación, para destruir la idea de «existencia individual humana dentro de nosotros»<sup>64</sup>. La cara falsamente «positiva» de ese afán autodestructivo sería la masa patriótica. Si la nación es una *comunidad imaginada* que pretende ocultar el fracaso del proyecto moderno, si de por sí opaca la despersonalización de la formación capitalista, entonces debe extinguir las huellas del sueño con la felicidad. El antisemitismo y el nacionalismo cumplen esa función. La envidia que los constituye tiene, además, como ya apuntamos, una sobredeterminación teológica: el nacionalismo seculariza la idea bíblica de pueblo elegido. Pero lo secularizado no puede tachar sin huellas el original y, por tanto, la inseguridad de la copia.

Teniendo en cuenta todo lo anterior, cabe afirmar que el nacionalismo tendría de suyo una afinidad electiva con el antisemitismo en la medida en que la nación es una *falsa concreción*, pues en ella no se interrumpe la concurrencia de todos contra todos ni la sumisión al principio de intercambio. El nacionalista, en el fondo, lo sabe. Toda prótesis conlleva la sombra inquietante del miembro auténtico. La angustia por la falsedad bajo sospecha es proyectada sobre los judíos como causantes de la abstracción capitalista<sup>65</sup>. El recuerdo simbólico de que la vida podría ser mejor es concebido como la causa última de todos los males. Entonces el judío es considerado no como un pueblo más entre otros, sino como la anti-nación.

### 3. LA COMUNIDAD IMAGINADA Y LAS DOS CARAS DEL ESTADO

Hasta aquí hemos descrito el significado psico-social del nacionalismo, la función del mito de la nación como masa virtual en el sostenimiento de una subjetividad hecha añicos. Según Loh, el nacionalismo agresivo es el punto extremo de un continuo que no puede separarse de sus expresiones más inofensivas<sup>66</sup>. El agitador populista contribuye a promover la concentración del resentimiento en los enemigos de la nación.

Dijimos al principio que nuestra inspiración era doble: el enfoque psico-social de los estudios sobre autoritarismo y el Nuevo Imperativo Categórico. Para arrojar algo de luz sobre el potencial del sentimiento nacional agresivo es necesario verlo desde su punto de llegada. El papel de la comunidad nacional en la

<sup>63</sup> *Ibid.*, p. 91.

<sup>64</sup> *Ibid.*, p. 97.

<sup>65</sup> POSTONE, M., «La lógica del antisemitismo», en M. Postone *et. al.*, *La crisis del Estado-Nación. Antisemitismo-Racismo-Xenofobia*. Barcelona: Alikornio Ediciones, 2001, pp. 19-42.

<sup>66</sup> LOHL, J. *Op. cit.*, pp. 85-86.

práctica jurídica y política del régimen nazi fue tempranamente desvelado por Ernst Fraenkel en *El Estado dual*, de un modo que, a nuestro juicio, puede confirmar indirectamente el alcance explicativo del «autoritarismo secundario».

Entre 1927 y 1933 Ernst Fraenkel fue compañero de Franz Neumann en un despacho laboralista berlinés ligado al SPD<sup>67</sup>. En 1933 Neumann emprendió el exilio y llegó a ser miembro del Instituto de Investigación Social en EEUU, mientras que Fraenkel pudo continuar ejerciendo hasta 1938 en Alemania. Aunque con crecientes dificultades, haber servido como soldado en la Primera Guerra Mundial le permitió demorar la emigración:

Aunque judío, aún después de 1933 tenía licencia para ejercer la abogacía por razón de mi participación en la Gran Guerra. Lo esquizofrénico de mi existencia burguesa me había hecho con todo especialmente sensible al carácter contradictorio del régimen de Hitler. A pesar de ser miembro de la corporación de los abogados en condiciones formales de plena igualdad de derechos con respecto a los demás colegiados, era objeto permanente de molestias, discriminaciones y humillaciones que, sin excepción, procedían del «Partido de Estado». Quien no cerraba los ojos ante la realidad de la práctica administrativa y judicial de la dictadura de Hitler no podía evitar verse golpeado por el frívolo cinismo con que Estado y Partido cuestionaban la vigencia del ordenamiento jurídico en amplios sectores de la vida y, al mismo tiempo, en otras situaciones valoradas de manera muy distinta, procedían a aplicar con exactitud burocrática los mismos preceptos de ese ordenamiento<sup>68</sup>.

La «esquizofrenia de la existencia burguesa» no era sólo un punto de vista subjetivo, tenía la cualidad de reflejar, en su experiencia, la objetividad política del III Reich. En efecto, según la tesis principal de su obra, el Estado nazi es una cabeza de Jano: «Estado de medidas» (*Massnahmenstaat*) y «Estado de normas» (*Normenstaat*). La Ordenanza de necesidad para la protección del Pueblo y el Estado del 28 de febrero de 1933 dejó al gobierno y al Partido al margen de cualquier forma de control legal. El estado de excepción en el que se adentra el país desde ese momento significa la ausencia de derecho que regule el ámbito político. Las normas han sido sustituidas por decisiones *ad hoc*, es decir, estrictamente hablando, por «medidas» que motivan la designación de «Estado de medidas»<sup>69</sup> para Alemania. Se consagra así el paso de una dictadura comisarial, contemplada en la Constitución de la República de Weimar, a una dictadura soberana de poder irrestricto<sup>70</sup>. Las competencias atribuidas a los órganos del Estado y al Partido no se distribuyen de manera estable, son porosas

<sup>67</sup> LADWIG-WINTERS, S., *Ernst Fraenkel. Ein politisches Leben*. Frankfurt: Campus, 2009.

<sup>68</sup> FRAENKEL, E., *El Estado dual. Contribución a la teoría de la dictadura*, trad. Jaime N. Muñiz. Madrid: Trotta, 2022, p. 31.

<sup>69</sup> *Ibid.*, p. 64.

<sup>70</sup> *Ibid.*, pp. 64-65.

y ajenas a una regulación real. Ya en 1938 Fraenkel observa la centralidad del campo de concentración como la figura clave de la política nacionalsocialista<sup>71</sup>.

El orden queda encarnado en la persona de Hitler, que expresa la fuerza vital de la comunidad nacional. El «Estado de medidas» significa la realización de la doctrina schmittiana del estado de excepción, tal y como es formulada en *Teología política*<sup>72</sup>. Fraenkel cita a Werner Best, alto cuadro de la SS, amigo de Ernst Jünger y autoridad reconocida en teoría del derecho para los suyos:

En el mandato de luchar contra todas las maquinaciones que suponen peligro para el Estado va ínsito el reconocimiento de un poder general para aplicar los medios que ese objetivo requiere, siempre y cuando no vayan en contra de los límites establecidos por las leyes. Pero ya hemos expuesto que esos límites han dejado de existir tras la ordenanza de 28 de febrero de 1933 y la sustitución de la concepción liberal del Estado y del derecho por la nacionalsocialista<sup>73</sup>.

Los «límites han dejado de existir» porque resulta imposible distinguir *a priori* qué ámbitos son políticos y cuáles no. Cualquier detalle de la vida cotidiana puede convertirse en motivo de injerencia y anulación de la ley si se decide que atenta contra la seguridad del Estado y la integridad de la nación<sup>74</sup>.

Y, sin embargo, el Estado de medidas tenía sus límites. No solo aquellos que este mismo elige al inhibirse en aquellas cuestiones que en principio no son consideradas políticas y en las que, por así decirlo, se acepta la actuación del derecho. La limitación estuvo clara en el programa nacionalsocialista desde primera hora. El sostenimiento de la forma de producción capitalista requiere la validez de normas. Aunque la intervención del Estado lo convierta en un «capitalismo regulado»<sup>75</sup>, el derecho a la propiedad privada y las normas que garantizan la iniciativa empresarial mantienen la continuidad con el gobierno anterior. A cubierto del Estado de normas se hallan la inviolabilidad de los contratos, sin los que no hay ni comercio ni crédito, los impuestos o la prohibición de la competencia desleal<sup>76</sup>. Resulta indiferente que la abolición de los intereses bancarios figurase en el Programa del Partido Nacionalsocialista antes de llegar al poder. Aunque el programa produzca en ocasiones la impresión de estar en lugar de la constitución, los financieros dormían a pierna suelta bajo el hitlerismo, porque «Los puntos anticapitalistas del programa del Partido no tienen en la actualidad ninguna significación»<sup>77</sup>.

Las dos almas del Estado dual se corresponden con las dos caras del autoritarismo que señalamos a propósito de la definición de Oliver Decker. Antes subrayamos que el orgullo por el crecimiento económico, el llamado «milagro

<sup>71</sup> *Ibid.*, p. 75.

<sup>72</sup> SCHMITT, C., *Teología política*. Madrid: Trotta, 2009.

<sup>73</sup> WERNER BEST, cit. por Fraenkel, *op. cit.*, p. 90.

<sup>74</sup> *Ibid.*, p. 93.

<sup>75</sup> *Ibid.*, p. 134.

<sup>76</sup> *Ibid.*, p. 144.

<sup>77</sup> *Ibid.*, p. 156.

alemán», que obtura el duelo en la Alemania de posguerra y que ya estaba presente durante el régimen nazi, es una afirmación nacionalista. El «Estado de normas» garantiza la sumisión al crecimiento capitalista y el «Estado de medidas» se apoya sobre la *ficción real* de la comunidad imaginada, el mito de la masa virtual en la que se pulveriza al individuo, punto de llegada de la descomposición de la conciencia burguesa. En el «Estado dual» la construcción del enemigo —racismo y antisemitismo— alcanzaron su extremo paradigmático.

El motivo del «milagro económico alemán», tanto durante el nazismo, como después de la guerra, evoca el poder omnímodo de la nación como soberano, y «soberano», según la célebre definición de Carl Schmitt en *Teología política*, es aquel que decide sobre el «estado de excepción». ¿Por qué viene a cuento aquí la teología? No en vano hablamos de «milagro». El «estado de excepción» es la secularización del milagro, a saber, la suspensión de las leyes naturales. La cohesión de Alemania se realiza en la unidad de la nación más allá de la ley. El «milagro económico alemán», ¿no continúa la creencia en el soberano que decide sobre el estado de excepción? El uso original del término durante el nazismo remite al crecimiento económico producido precisamente por la economía de guerra<sup>78</sup>. El tropo no es casual. Ambas metáforas comparten sustancia o, mejor dicho, el mismo sujeto excepcional y milagroso, el mismo «dios protésico»: Alemania.

La función determinante de la comunidad nacional se hace visible en la segunda parte de *El Estado dual*, donde el autor abandona el análisis concreto del material jurídico y se adentra en la filosofía del derecho. El autor despliega una apasionada defensa del Derecho Natural como herencia cultural de la Iglesia Católica, universalismo moral que pasa secularizado a la Ilustración. Fraenkel subraya la oposición de los nazis al universalismo del derecho natural y recuerda la distinción entre «derecho natural relativo», que remite a los compromisos de la Iglesia con el mundo, y «derecho natural absoluto», que habría inspirado a los grupos cristianos rebeldes que lucharon por la justicia. Pues bien, las tradiciones subversivas del «derecho natural absoluto» no habrían arraigado en Alemania. La excepción que confirma la regla es la teología de la revolución de Thomas Münzer<sup>79</sup>. La larga ausencia de estas tradiciones tendrá consecuencias funestas. El déficit cultural del derecho natural absoluto habría contribuido a preparar el terreno al hitlerismo.

Además, en la propia tradición alemana —Leibniz sin ir más lejos— había recursos para elaborar un peligroso significado alternativo al derecho natural racionalista, igualitario y universal, a saber, el «derecho natural comunitario», esgrimido por los teóricos nazis del derecho. Para estos, el derecho positivo es solo una manifestación de la verdad originaria de la nación, fundada en la homogeneidad racial:

<sup>78</sup> DECKER, O., «Zwischen Enthemmung und Autoritarismus. Deutschland in der Mitte», en *Journal für Psychoanalyse* 60, 2019, p. 47.

<sup>79</sup> FRAENKEL, E., *Op. cit.*, pp. 188-189.

Para el derecho natural comunitario el Estado constituye meramente la forma secundaria en que se expresa la unidad primaria de todos los que forman el pueblo. La comunidad popular es una formación biológica que sigue existiendo, aunque no esté organizada como Estado. El Estado es un fenómeno orgánico derivado de la comunidad popular biológicamente entendida<sup>80</sup>.

En efecto, en la esfera internacional los nazis se basaban en el derecho natural comunitario para defender la afinidad cultural y racial entre los pueblos como criterio de acuerdos y conflictos<sup>81</sup>. La idea que quiero subrayar aquí es la afinidad entre comunidad nacional y «Estado de medidas»:

La exaltación de la ideología comunitarista es precisamente lo que hace posible los métodos arbitrarios del Estado de medidas<sup>82</sup>.

El derecho solo rige entonces para y por la comunidad. Basta no pertenecer a esta o ser extirpado de ella para ser excluido del Estado de normas y quedar a merced del Estado de medidas, un sistema de terror. Esto no significa, como hemos visto, la separación simple entre exterioridad e interioridad del Estado. Una simplificación semejante reduciría la fecundidad teórica de la tesis del Estado dual. Su consistencia se basa en la potencial exclusión de cualquiera de sus integrantes. El ejemplo de los deportados se transmite a los «libres» por todos los poros de la sociedad. Autoritarismo primario, que ha puesto al líder en el lugar del ideal del yo, y autoritarismo secundario, que aplasta al individuo bajo las coacciones económicas, se enlazan gracias a la masa virtual de la comunidad imaginada. Obsérvese bien que rige para la *comunidad nacional*, no para los individuos. Su suerte también es indiferente bajo el régimen del terror nacionalsocialista<sup>83</sup>. El paso del racismo liberal al racismo nacionalista, según indicamos más arriba, se corresponde con esta disolución del sujeto en el mito nacional. Uno de los potenciales jurídico-políticos de la nación como masa virtual es el Estado de medidas.

Antes de la guerra, en 1938, Fraenkel había observado que el estado de excepción permanente en Alemania tenía el objetivo primordial de la «aniquilación de los judíos alemanes»<sup>84</sup>. La violencia sin límite como finalidad del proyecto nazi conlleva una concepción de lo político, en correspondencia con la formulación teórica de Carl Schmitt: el «enemigo total» es el pueblo judío. Es cierto que en 1938 Fraenkel habla de «destrucción de los judíos» como un caso posible entre otras minorías al interior del Estado y no como el «enemigo total» que imaginaban los nazis. No obstante, lo importante es su perspicacia

<sup>80</sup> *Ibid.*, p. 210.

<sup>81</sup> *Ibid.*, pp. 212-213.

<sup>82</sup> *Ibid.*, p. 229.

<sup>83</sup> LÖWENTHAL, L., «Individuum und Terror», en *Schriften*. Frankfurt: Suhrkamp, 1990, pp. 163-173.

<sup>84</sup> SCHEIT, G., *Der Wahn vom Weltsouverän*, op. cit., p. 273.

para desvelar la condición esencialmente destructiva de la comunidad nacionalsocialista<sup>85</sup>.

En cualquier caso, Fraenkel tiene otro mérito, él también, como Kafka, Benjamin y Rosenzweig, puede ser considerado un «avisador del fuego»<sup>86</sup>. Su libro es una contribución no menor a la comprensión del nacionalismo desde su punto de llegada histórico. El Estado de medidas se ha convertido en la norma para los judíos, expulsados del derecho, pero no precisamente de la violencia estatal, condenados a la «muerte civil» como manifestó el Alto Tribunal del Reich en junio de 1937. Según Fraenkel, la novedad jurídica y política de la «muerte civil» anuncia la quiebra de lo humano, un crimen que afecta a la humanidad entera:

El eterno estado de sitio ha hecho posible el daño infligido a grupos enteros de la población en su estatuto jurídico y el despojo a una minoría de hasta sus más elementales derechos. Esta aplicación «inobjetable» del eterno estado de sitio aun habrá de tener fatídicas consecuencias posteriormente. Carente de toda ética, este derecho nos acabará llevando a todos al borde del abismo de lo humano<sup>87</sup>.

Según Scheit, Fraenkel no dio un último paso: identificar la unidad de la nación con el objetivo genocida<sup>88</sup>. En 1938 era pedirle demasiado. Tampoco lo vio Franz Neumann en *Behemoth*. Aunque Fraenkel describía el Estado nazi hasta 1938 y Neumann lo estudia también durante guerra<sup>89</sup>, ambos concluían que la universalidad de la ley había desaparecido en el III Reich. Sin embargo, según Fraenkel, todavía podíamos hablar de la existencia de un Estado. Mientras que, para Neumann, como para Otto Kirchheimer, el engendro político nazi era un «no-Estado» (*Unstaat*) porque había desaparecido la unidad en el ejercicio político de la violencia. Esa unidad se ha disgregado en una especie de *poli-cracia*: el partido, la cúpula militar, el capital monopolista y la burocracia, que compiten entre sí y llegan a alianzas puntuales y revisables, pero que actúan al margen de la unidad superior de la instancia estatal.

Precisamente de esa disgregación extrae su fuerza el nazismo para engrosar una forma de expansión que combina guerra y negocio. Por eso afirmaba Neumann que el régimen nazi contenía a la vez elementos capitalistas y anticapitalistas. Pero lo que escapó a su percepción, aunque sea su obra precisamente la que permite descubrirlo, es el fundamento de la unidad de las bandas en relativa disputa: la voluntad de aniquilar al pueblo judío<sup>90</sup>. La comunidad nacional, su integridad, es sinónimo de la destrucción del «enemigo total».

<sup>85</sup> *Ibid.*

<sup>86</sup> MATE, R. y MAYORGA, J., «Los avisadores del fuego», en MATE, R. (ed.). *Filosofía después del Holocausto*. Barcelona: Ropiedras, 2002.

<sup>87</sup> FRAENKEL, E., *Op. cit.*, p. 168.

<sup>88</sup> SCHEIT, G., *Op. cit.*, pp. 267-287.

<sup>89</sup> V. BRÜNNECK, A., «Leben und Werk von Ernst Fraenkel (1898-1975)», en FRAENKEL, E. *Deutschland und die westlichen Demokratien*. Frankfurt: Suhrkamp, 1991, p. 365.

<sup>90</sup> SCHEIT, G., *Op. cit.*, pp. 267-287.

Tanto durante la República de Weimar como en *El Estado dual* y en los años cincuenta y sesenta<sup>91</sup>, las reflexiones de Fraenkel sobre el pluralismo y la «democracia dialéctica» se dirigían contra el prestigio de Carl Schmitt. Fraenkel comprendió lúcidamente, a propósito de la crítica al concepto de «orden concreto», que en todos los escritos del jurista de Plettenberg «la unidad política debe leerse como comunidad»<sup>92</sup>, una comunidad convertida en mito<sup>93</sup>, lo cual confirma la observación de Horkheimer sobre el carácter teológico-político del nacionalismo.

Aquí hemos llamado la atención sobre la relevancia de *El Estado dual* para pensar el punto de llegada del nacionalismo. Esta reivindicación de la obra más importante de Fraenkel coincide con un interés renovado de la teoría del derecho de las dos últimas décadas por abordar críticamente las corrientes en boga del «derecho penal del enemigo» y la «teoría del amigo-enemigo» en las concepciones del Estado, herederas de la teología política de Carl Schmitt<sup>94</sup>. Asimismo, la tesis del *Estado dual* provee una categorización útil para comprender la relación entre Estado y economía capitalista a lo largo de la modernidad<sup>95</sup>.

Ahora podemos recapitular. La nación es el mito político fundamental de la sociedad burguesa<sup>96</sup> y, también en ese sentido, lo *proto-falso*. Cae de lleno del lado del mito en la dialéctica de la Ilustración, es la teología política de la edad moderna. No es casual que sea el elemento común que recorre las formas de pertenencia autoritaria de la masa virtual en torno al objeto ideal del caudillo o el capital. El mito promete aliviar el miedo a la desintegración psíquica de una subjetividad amenazada por la desquiciada concurrencia en el mercado y por la sombra alargada de la creciente «vida superflua». La pseudo-unidad comunitaria es el pegamento imaginario de la fragmentación real del individuo. La función autoritaria de la nación se agudiza en los procesos de descomposición social propios de los tiempos de crisis. Su manifestación extrema fue la realización histórica de la «ideología alemana», donde cristaliza la aleación entre la sumisión al crecimiento económico y culto al agitador fascista. La energía que circula entre ellos conforma el lado «afirmativo» de la destrucción del enemigo, la nación, último bastión que mantiene unidos los clanes y bandas en que

<sup>91</sup> FRAENKEL, E., *Deutschland und die westlichen Demokratien*. Frankfurt: Suhrkamp, 1991, pp. 66-67, p. 170, pp. 226, 227.

<sup>92</sup> VAN OUYEN, R. C., *Rechts- und Verfassungspolitologie bei Ernst Fraenkel und Otto Kirchheimer. Kritik und Rezeption des demokratischen Rechtspositivismus von Hans Kelsen und des Begriff des Politischen von Carl Schmitt*. Frankfurt: Verlag für Verwaltungswissenschaft, 2021, p. 29.

<sup>93</sup> *Ibid.*, p. 30.

<sup>94</sup> *Ibid.*, pp. 61-64.

<sup>95</sup> ZAMORA, J. A., «Violencia sistémica, guerra y vida sobrante en la crisis terminal del capitalismo», en *Iviva. Pensamiento crítico y cristianismo*, 287, 2021, pp. 33-54.

<sup>96</sup> ELIAS, N., *Studien über die Deutschen. Machtkämpfe und Habitusentwicklung im 19. und 20. Jahrhundert*. Frankfurt: Suhrkamp, 1994, p. 194.

deriva el desmoronamiento económico y político<sup>97</sup>. El cruce entre «Estado de normas» al servicio de la economía y el «Estado de medidas» consume el sometimiento moderno al mito, el dios falso de la nación natural.

## BIBLIOGRAFÍA

- Adorno, Th. W. (2019). *Sobre la teoría y la historia de la libertad*, trad. M. Vedda. Buenos Aires: Eterna Cadencia.
- Adorno, Th. W. (1973). *Negative Dialektik*. Frankfurt: Suhrkamp.
- Allen, A. (2020). *Critique on the coach*. Nueva York: Columbia University Press.
- Allen, A. y Ruti, M. (2019). *Critical Theory between Klein and Lacan. A Dialogue*. Nueva York: Bloomsbury Academic.
- Anderson, B. (1993). *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, trad. E. L. Suárez. México: Fondo de Cultura Económica.
- Barreto, D. (2018). *El desafío nacionalista. El pensamiento teológico-político de Franz Rosenzweig*. Barcelona: Anthropos/Siglo XXI.
- Barreto, D. (2023). «Polarización social: causas de fondo», en *Noticias Obreras*, 1663, pp. 20-26.
- Bensussan, G. (1994). «Etat et éternité chez Franz Rosenzweig», en Münser, A. (ed.): *La pensée de Franz Rosenzweig*. París: PUF, pp. 137-147.
- Bohleber, W. (1992). «Nationalismus, Fremdenhass und Antisemitismus. Psychoanalytische Überlegungen», en *Psyche-Z Psychoanal* 46 (08). Klett-Cotta Verlag, pp. 689-709.
- Brunner, M. et. al. (eds.) (2022). *Sozialpsychologie der Massenbildung*. Wiesbaden: Springer.
- Decker, O. (2019). «Zwischen Enthemmung und Autoritarismus. Deutschland in der Mitte», en *Journal für Psychoanalyse* 60, pp. 33-52.
- Decker, O. (2018). «La obsolescencia del carácter autoritario y el autoritarismo secundario», trad. José Antonio Zamora, en *Constelaciones. Revista de Teoría Crítica*, 10, pp. 57-73.
- Decker, O. (2004). *Der Prothesengott*. Giessen: Psychosozial Verlag.
- Demirovic, A. (1996). «Kritische Theorie und Nationalismus», en *Österreichische Zeitschrift für Politikwissenschaft* 2. Innsbruck: University Press, pp. 223-233.
- Eisenberg, G. (2021). «La violencia que viene de la frialdad», trad. D. Barreto, en *Iviva* 287, pp. 11-31.
- Elias, N. (1994). *Studien über die Deutschen. Machtkämpfe und Habitusentwicklung im 19. und 20. Jahrhundert*. Frankfurt: Suhrkamp.
- Fraenkel, E. (2022). *El Estado dual. Contribución a la teoría de la dictadura*, trad. Jaime N. Muñiz. Madrid: Trotta.
- Fraenkel, E. (1991). *Deutschland und die westlichen Demokratien*. Frankfurt: Suhrkamp.
- Freud, S. (1970). *Psicología de las masas*, trad. L. López Ballesteros. Madrid: Alianza.
- Fuchshuber, Th. (2019). *Rackets. Kritische Theorie der Bandenherrschaft*. Freiburg: ça Ira.
- Habermas, J. (1986). *Eine Art Schadensabwicklung*. Frankfurt: Suhrkamp.
- Hegel, G. W. F. (1986). *Grundlinien der Philosophie des Rechts*. Frankfurt: Suhrkamp.

<sup>97</sup> FUCHSHUBER, Th., *Rackets. Kritische Theorie der Bandenherrschaft*. Freiburg: ça Ira, 2019.

- Horkheimer, M. (1988). *Späne*, en Horkheimer. *Gesammelte Schriften* t. 14. Frankfurt: Fischer.
- Horkheimer, M. y Adorno, Th. W. (2009). *Dialéctica de la Ilustración*, trad. J. J. Sánchez. Madrid: Trotta.
- Jansen, P.-E. (2021). «Mobilization of Bias Today: The Renewed Use of Established Techniques; A Reconsideration of Two Studies on Prejudice from the Institute of Social Research», en Jeremiah Morelock (ed.): *How to Critique Authoritarian Populism. Methodologies of the Frankfurt School*. Leiden, Boston: Brill, pp. 293-311.
- Kirchheimer, O. (2022). *Gesammelte Schriften* 2. Baden-Baden: Nomos Verlag.
- Kirchhoff, Ch. (2022). «Ich bin Volker. Metapsychologische Überlegungen zu Masse, Identifikation und Solidarität», en Brunner, M. et. al. (eds.): *Sozialpsychologie der Massenbildung*. Wiesbaden: Springer, pp. 137-150.
- Ladwig-Winters, S. (2009). *Ernst Fraenkel. Ein politisches Leben*. Frankfurt: Campus.
- Lohl, J. (2022). «Freuds Unternehmung. Über Massenpsychologie und rechtspopulistische Propaganda», en Brunner, M. et. al. (eds.): *Sozialpsychologie der Massenbildung*. Wiesbaden: Springer, pp. 181-212.
- Lohl, J. (2010). *Gefühlserbschaft und Rechtsextremismus*. Giessen: Psychosozialverlag.
- Löwenthal, L. (1990). *Falsche Propheten*, en Löwenthal, L. *Schriften*. Frankfurt: Suhrkamp.
- Löwenthal, L. (1990). «Individuum und Terror», en *Schriften*. Frankfurt: Suhrkamp, pp. 163-173.
- Mate, R. (2024). *Tierra de Babel. Más allá del nacionalismo*. Madrid: Trotta.
- Mate, R. y Mayorga, J. (2002). «Los avisadores del fuego», en Mate, R. (ed.): *Filosofía después del Holocausto*. Barcelona: Riopiedras, pp. 77-104.
- Mau, S. (2024). *Ungleich vereint. Warum der Osten anders bleibt*. Frankfurt: Suhrkamp.
- Mitscherlich, A. y M. (2007). *Die Unfähigkeit zu trauern. Grundlagen kollektiven Verhaltens*. München: Piper.
- Neumann, F. (2014). *Behemoth. Pensamiento y acción en el nacionalsocialismo 1933-1944*. Barcelona: Anthropos.
- Pohrt, W. (1991). *Der Weg zur inneren Einheit. Elemente des Massenbewusstseins BRD 1990*. Hamburg: Konkret Literatur Verlag.
- Postone, M. (2001). «La lógica del antisemitismo», en M. Postone et. al., *La crisis del Estado-Nación. Antisemitismo-Racismo-Xenofobia*. Barcelona: Alikornio Ediciones, pp. 19-42.
- Reich, W. (2020). *Psicología de masas del fascismo*, trad. Roberto Bein. Madrid: Enclave de Libros.
- Roepert, L. (2022). *Die konformistische Revolte*. Bielefeld: transcript.
- Rosenzweig, F. (2010). *Hegel und der Staat*. Frankfurt: Suhrkamp.
- Rosenzweig, F. (2001). *Zweistromland*. Berlín/Viena: Philo Verlag.
- Scheit, G. (2009). *Der Wahn vom Weltsouverän*. Freiburg: ça Ira.
- Schmitt, C. (2009). *Teología política*. Madrid: Trotta.
- van Ooyen, R. C. (2021). *Rechts- und Verfassungspolitologie bei Ernst Fraenkel und Otto Kirchheimer. Kritik und Rezeption des demokratischen Rechtspositivismus von Hans Kelsen und des Begriff des Politischen von Carl Schmitt*. Frankfurt: Verlag für Verwaltungswissenschaft.
- von Brünneck, A. (1991). «Leben und Werk von Ernst Fraenkel (1898-1975)», en Fraenkel, E. *Deutschland und die westlichen Demokratien*. Frankfurt: Suhrkamp, pp. 360-374.
- Zamora, J. A. (2001). «Violencia sistémica, guerra y vida sobrante en la crisis terminal del capitalismo», en Iviva. *Pensamiento crítico y cristianismo*, 287, pp. 33-54.

- Zamora, J. A. (2019). «De los extremos al centro: clases medias, “normalidad democrática” y populismo autoritario», en *Iviva. Pensamiento crítico y cristianismo* 278, pp. 79-88.
- Zamora, J. A. (2018). Oliver Decker et. al. Mitte-Studien (2006-2018, 8 vols.), en *Constelaciones. Revista de Teoría Crítica* 10, pp. 512-519.
- Zamora, J. A. (2017). «Crisis del capitalismo. Callejones sin salida y transiciones postcapitalistas», en *Iviva. Pensamiento crítico y cristianismo*, 272, pp. 11-40.
- Zamora, J. A. (2004). *Th. W. Adorno. Pensar contra la barbarie*. Madrid: Trotta.

Instituto Superior de Teología de las Islas Canarias  
danielbarreto2005@yahoo.es

DANIEL BARRETO

[Artículo aprobado para publicación en febrero de 2025]